



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Quiero: queda limpio

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 1, 40-45 (6º Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo B – 11 de Febrero de 2018)



El Bronx en Nueva York, la calle que lleva ese mismo nombre en Bogotá, una que otra calle de Lavapiés y Tetuán en Madrid y el municipio de Jinámar en Gran Canaria fueron algunos de los nombres que aparecieron en el Google cuando indagué por los lugares peligrosos que han de ser evitados, especialmente en horas nocturnas, por quienes están planificando

visitar alguna de esas cuatro ciudades. La advertencia de no visitar ciertos lugares toma en ocasiones un tono de amenaza: “si va a ese lugar lo hace bajo su responsabilidad”. La señalización de lugares prohibidos suele estar motivada por la presencia de la delincuencia, la venta y consumo de droga, las zonas de prostitución y la presencia de bandas juveniles y de habitantes de la calle, entre otros. Son los nuevos “guetos” en los que las sociedades modernas quieren que se recluyan las personas indeseables y las situaciones intolerables. Utilizando la expresión de Francisco, son los lugares donde querríamos que vivieran los “descartables” para que fuesen invisibles para el resto de la ciudadanía.

En la época de Jesús también había sectores en las ciudades para recluir y para marginar a las personas que eran consideradas indeseables y que se constituían en un serio peligro para la comunidad. Los enfermos de lepra tenían todas las “papeletas” para ser habitantes de estas zonas de exclusión y marginación.

Me imagino que, pese a las advertencias de sus contemporáneos de no entrar en las barriadas de la exclusión, Jesús se acerca, establece un diálogo dignificante con los últimos y, movido por la compasión y la ternura, sana, libera, acoge y genera las condiciones que hacen posible la vuelta a la comunidad de quienes estaban excluidos.

Un leproso es “tocado”. La norma exigía que los enfermos de lepra se mantuviesen lejos de los sanos para evitarles el contagio y, sobre todo, la impureza. Esa es la razón por la cual los leprosos, si querían comunicarse con la comunidad, lo debían hacer a la distancia. Pero con Jesús las cosas cambian. Primero, el leproso, seguramente motivado por el carisma acogedor de este misionero errante, rompe las restricciones y se le acerca para pedirle que le cure: “Si quieres, puedes limpiarme”. Los gritos con los que se debía

comunicar se convierten en susurros al oído de quien le puede liberar. Segundo, movido por la compasión que le generaba ver y sentir el dolor de este hermano excluido, Jesús, en un gesto absolutamente inusual para los de su tiempo, **lo toca y le habla**: “Quiero: queda limpio”. No repara en la contaminación que le hubiese podido causar el tocar al leproso pues para Él, por encima de la pureza ritual, está el derecho a la vida digna de quien está marginado.

No son pocas las veces en la que Jesús se salta las normas legales que, aunque sea de forma sutil, vulneran o reducen el ejercicio del derecho inalienable a vivir con dignidad que todas las personas tienen. La dignidad no se encarcela decía recientemente el Papa Francisco en una cárcel de Chile.

Un leproso es “incluido”. Con la misma fortaleza interior que Jesús es capaz de quebrantar las leyes para ponerse al servicio de la vida digna, es capaz de asumir aquellas que pueden significar la garantía plena del ejercicio de los derechos fundamentales de los últimos. Una vez que el leproso es sanado, es decir, que Jesús le haya posibilitado reconstruir su proyecto de vida, es invitado a presentarse a los sacerdotes para que conste y se confirme que está limpio. Esta verificación por parte de los sacerdotes, como lo expresa Benjamín González Buelta, “era un pasaporte a la vida comunitaria y a la convivencia familiar”, un pasaporte que confirma la inclusión y la vuelta a la comunión de quien estaba marginado.

Ser discípulos de Jesús en entornos donde se excluye a los hermanos implica asumir el riesgo profético de oponerse o de hacer caso omiso de leyes injustas que los condenan a la marginación y a un estilo de vida que, para nada, se podría llamar “digna”. También implica asumir con humildad y promover con lucidez aquellos “protocolos” o normas que generan las garantías necesarias para que quienes estaban fuera de la convivencia puedan volver a la comunidad y gozar de una nueva oportunidad para rehacer su vida y reemprender su historia.

Aunque os parezca poco oportuno, desde esta llamada a la fortaleza profética y a la libertad interior, siento que os debo compartir mi admiración por el valor que ha tenido el Papa Francisco al denunciar sin tapujos en su vídeo para febrero el daño que está causando la corrupción en el mundo. Por denuncias como éstas es que muchos, seguramente, le quieren fuera.

La inclusión hace discípulos. Una reflexión final. El leproso sanado e incluido, no obstante la invitación de Jesús a no contar a nadie lo sucedido, no calla y recorre las calles de su pueblo testimoniando lo que Jesús ha hecho en él. Cuando Dios ha desbordado su amor en nosotros, ¿cómo callar?

Pidamos al Dios de la inclusión que nos de un corazón acogedor como el suyo y la fortaleza para derribar los muros que construyen guetos.